

ejemplar que había reservado días antes. Era un trabajo polémico, en donde desde una óptica opositora se aceptaba revisar ciertos estereotipos que la casi totalidad de los intelectuales argentinos asumía de manera agresiva y dogmática. Subrayé especialmente una frase que señalaba la dicotomía que cruza la historia de la cultura argentina casi desde 1810 y que por entonces pocos escritores se atrevían a resaltar:

Aquella noche de septiembre de 1955 —decía Sábato—, mientras doctores, hacendados y escritores festejábamos ruidosamente en la sala la caída del tirano, en un rincón de la antecocina vi cómo dos indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados en lágrimas.

Lágrimas cuya defensa lo habían llevado a enfrentarse con la enorme mayoría de sus colegas. El más notorio, Jorge Luis Borges, lanzó un anatema desde las páginas de la revista *Ficción* dirigida por el escritor español Juan Goyanarte. Allí, mediante el poco recomendable método de atacar sin mencionar el nombre del criticado, Borges bruloteaba a Sábato. Entre otras cosas decía:

El estilo de los textos es revelador. En un solo párrafo he subrayado las locuciones pueblo insurrecto, injusticia social, enajenación de la patria a los consorcios extranjeros y oligarquías. Inútil proseguir; el lector ya ha reconocido el dialecto, el vocabulario y casi la voz del «padre de los pobres» (Perón) o de su ligera variante, o de alguna variante de esta variante (2).

Simultáneamente Sábato era también cuestionado desde los sectores peronistas. Dos ensayistas que luego habrían de elogiarlo públicamente: Arturo Jauretche y Juan José Hernández Arregui, en ese momento juzgaron su postura uno tímida (3), y el otro pequeño-burguesa (4). Siempre me he sentido identificado con aquellos personajes que reciben palos a derecha e izquierda a causa de su independencia de criterio, aun cuando piense que están equivocados, y esas descargas conjuntas sumaban puntos para incentivar mi juvenil admiración por Sábato. Hubo también alguna entrevista televisiva, algún artículo recortado, el impacto que me produjo *Hombres y engranajes* en aquella vieja edición de Emecé. Pero en mi ánimo fue decisiva la intervención de Sábato en una mesa redonda efectuada en octubre de 1958 en la Facultad de Derecho de Buenos Aires donde yo estudiaba infinitas e inútiles teorías sobre artículos perdidos en los

(2) Borges, Jorge Luis, en rev. «Ficción», Buenos Aires, núm. 6, marzo/abril, 1957.

(3) Jauretche, Arturo: *Los profetas del odio*, Buenos Aires, 1957.

(4) Hernández Arregui, J. J.: *Imperialismo y Cultura*, Buenos Aires, 1957.

códigos. Se trataba de un ciclo sobre los golpes militares argentinos del siglo veinte. (Por entonces, sólo los de 1930, 1943 y 1955, que luego habrían de multiplicarse en trágica progresión). El hecho de que en la segunda sesión hubiese participado el dirigente peronista Oscar Albriéu, pero, sobre todo, las intervenciones de Sábato y Hernández Arregui, motivaron que la última mesa fuese prohibida.

Aquella tarde, en una sala repleta y tensa, el moderador anunció que Sábato no podría asistir por encontrarse enfermo. La multitud de estudiantes lamentó con un murmullo aquella ausencia. Unos, porque posiblemente habían concurrido para silbarlo por la heterodoxia de sus posturas frente al movimiento nacido el 17 de octubre de 1945, y otros —tal vez los menos— porque, como yo, sentían respeto por su actitud independiente. Sin embargo, pese a una gripe indisimulable, mientras hablaba el dramaturgo Enrique Grande, Sábato se hizo presente en la sala. Alguien, detrás de mí, comentó con desagrado que hubiese saludado en primer lugar al dirigente comunista Rodolfo Ghioldi. «Mostró la hilacha», sentenció la voz. Desde las primeras frases su intervención tuvo algo de desafío. A comienzos de 1956 el Gobierno militar del general Pedro Eugenio Aramburu había dictado un decreto (el número 4161) por el cual quedaba prohibido, bajo severas penas de prisión, pronunciar o escribir las palabras Perón, Eva Perón, Peronismo, Justicialismo y otras similares derivadas. Y pese a que en 1958 ya gobernaba un régimen constitucional, todavía los medios de comunicación seguían obedeciendo aquella totalitaria disposición. Para mencionar a Perón o a su gobierno el periodismo recurría a eufemismos. Decían, por ejemplo, «Tirano depuesto»; «La Segunda Tiranía» (suponiendo que la primera había sido la de Juan Manuel de Rosas); «El régimen felizmente superado»; «El Tirano Prófugo» y otras metáforas de parecida índole. Sábato esa tarde fue directo. En la segunda frase pronunció el nombre prohibido y tuvo que escuchar una silbatina que, aunque no le estaba dirigida, tardó más de un minuto en acallarse. Sin embargo, y pese al apasionamiento que se advertía en la sala, continuó la dirección de su discurso sin subterfugios. He querido reproducir casi íntegro aquel texto porque lo considero uno de los puntos de partida de la revisión ideológica que habría de producirse más tarde entre la intelectualidad argentina, y al mismo tiempo porque ha sido muy poco difundido (5).

---

(5) En aquella oportunidad Sábato expresó, entre otras cosas:

«Decía Grande que no quería hablar más del tema, que ya deberíamos olvidar todo aquello, como una pesadilla. Por el contrario, yo pienso que recién empezamos a hacerlo y que será necesario hablar muchas veces del tema.

Justamente, si algo está fuera de discusión con respecto al peronismo es que Perón (se oyen silbidos y gritos del público), es que Perón ha revolucionado la vida del país. Así lo